BIBLIOTECA LIGERA
PARA USO
DE TODO EL MUNDO
POR
F. S. y S.
XXX.
Dios quiere el corazón.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

Es propiedad.

PROPAGANDA CATÓLICA

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

Los ocho tomos de esta importante obra, que con tanta aceptación viene publicándose, contienen las materias siguientes:

El tomo I, Los cien opúsculos de la *Biblioteca ligera;* el II, Opúsculos varios; el III, Un año sacro ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano; el IV, Más opúsculos; el V, Artículos

DIOS QUIERE EL CORAZÓN

Toma! pues es claro que lo quiere, y primero que otra cosa alguna; y lo mismo quieres tú de tus amigos y servidores, y nadie, que yo sepa, pasa por menos. Y todo acto externo, que no anduviese acompañado del corazón, sería por esto solo mera ficción é hipocresía. Conste, pues, que es verdaderísima verdad y fuera de toda duda que, sí, señor, Dios quiere el corazón. Pero tú, amigo mio, quieres decir otra cosa con esta frasecilla que el mundo poco devoto te ha enseñado á pronunciar, y que tú repites tal vez incons-

cientemente. Tú quieres decir con ella que Dios *sólo* quiere el corazón, y que no quiere del hombre otra cosa alguna grande ni chica, lo cual, y perdóname, amigo mio, es un disparate mayúsculo, es una barbaridad.

Vaya, escucha un rato.

Tiene Dios derecho absoluto sobre todo nuestro ser, porque de todo El es autor, conservador, redentor, y ha de ser un dia glorificador. Es decir que somos de Dios toditos enteros, y no en parte solamente. Suyo es el corazón como la cabeza, el cuerpo como el alma, los órganos internos como los externos, sin que molécula alguna ni pelo alguno, por insignificantes que sean, puedan alegar derecho alguno de independencia.

Si, pues, todo lo nuestro es de Dios, con todo ello debemos servirle y prestarle homenaje. Por esto la Religión,

que es el modo ordenado por el mismo Dios para rendirle estos homenajes y servicios, tiene prescritos dos clases de actos, unos interiores y otros exteriores. Con la diferencia de que los interiores pueden alguna vez prestarse solos; los exteriores siempre han de prestarse acompañados de su correspondiente acto interior. Porque el acto interior por sí solo vale ya mucho, es excelentísimo; pero el exterior por sí solo, sin el interior, quedaría reducido á vana formalidad ó mera ceremonia. De consiguiente, en la verdadera Religión se dan casos en que basta emplear en obsequio de Dios el corazón; hay empero otros en que se exige tomen parte en este homenaje los miembros exteriores.

Demos un paso más. ¿Por qué esta necesidad de actos exteriores en la Religión? Aparte de la fundamental

que te he indicado, esto es, la de que todo el hombre es de Dios, y de consiguiente Dios por todo el hombre debe ser servido, hay otra de carácter humano y social, pero no de poca importancia. El hombre no es un ser aislado que no tenga relaciones más que con Dios y consigo mismo. Si así fuese, tal vez Dios no le exigiría con tanto rigor el homenaje de sus actos exteriores, tal vez se contentaría Su Divina Majestad con verle sus buenos sentimientos en el fondo de su corazón, y dariase con esto por contento y satisfecho. Pero el hombre es un ser esencialmente social, así que en los actos religiosos debe á veces obrar, no sólo como simple individuo, sí que como miembro de la colectividad general de que forma parte. Por esto la Religión, además de ser un deber íntimo de cada hombre en particular, es un

deber de la sociedad entera que con ella reconoce su sujeción á Dios, y le rinde adoración, y le presta vasallaje. Ahora bien. En la sociedad no hay lazo alguno que nos una, ni deber que podamos cumplir colectivamente, sino por medio de actos exteriores. Por esto las mismas leyes humanas han procurado dar cierta forma exterior á los actos más importantes de la vida civil, sujetando los actos jurídicos, como por ejemplo la toma de posesión, à ceremonias y actos corporales que se puedan certificar, revistiendo de ciertas fórmulas solemnes el juramento, por ejemplo, la investidura de ciertos títulos, el ejercicio de ciertas funciones, etc., etc. Es, pues, muy conforme á la razón, lejos de ser extraño á ella, el que algunos deberes religiosos sean también externos à la vez que internos, como interno y externo es el

hombre que los ha de practicar, é interno á la vez y externo el fin para que se practican. El género humano en masa lo ha comprendido y practicado así desde el sacrificio de Abel hasta los ritos supersticiosos con que hoy día venera á su ídolo el más desconocido salvaje de la Oceanía. Tal ha sido el parecer de todos los hombres de todos los siglos, de todos los climas y de todos los cultos, siendo muy extraño que el incrédulo, en odio á la verdadera fe, se crea dispensado de esta formal y terminante prescripción del sentido común.

Pero ¡ca! ¡qué ha de ser extraño! no es que se pape tales absurdos el hombre sin Religión; lo que hace es tomarlos en boca, sin creerlos, para autorizar y justificar en algún modo el total olvido de sus deberes, en que vive sumido. ¡Dios quiere el corazón!

dice él, y cree con esto dar á entender que ahí en el fondo de su corazón ama mucho á Dios, le agradece muchísimo sus beneficios, le pide á todas horas perdón de sus pecados, le ruega con el mayor fervor por sus necesidades. Lo certísimo y segurísimo es que ese desdichado, que quiere servir á Dios únicamente con el corazón, nunca siente en su corazón pensamiento alguno de Dios, ni cosa que lo parezca.

Es la verdad, y como eres muy dueño de pedirme pruebas, te las voy á dar á renglón seguido, tales que te dejen sin duda sobre el particular.

Está el hombre construido de tal manera, es tal la trabazón misteriosa que existe entre su alma y su cuerpo, que es de todo punto imposible, á no mediar grandes, continuados y violentísimos esfuerzos, que lo que nos pasa en el corazón no se traduzca inmedia-

tamente en hechos exteriores. El amor, el odio, la esperanza, la desesperación, la incertidumbre, el deseo, la alegría, el mal humor, el agradecimiento, la dignidad ofendida, sentimientos son puramente internos que no se experimentan en el brazo, en el pie, ni en los ojos, sino únicamente en el fondo del corazón. No obstante, ¿hay alguien poseido de cualquiera de ellos, que, á no ejercer gran violencia sobre sí propio, no los traiga como transparentados en el rostro y manifiestos en cada uno de sus movimientos? En tanto es así, que tales estados del ánimo, en el hombre que obra naturalmente y sin ficción, se los conoce y adivina el más lerdo, y áun disfrazándose aquél y componiéndose mucho para disimularlos, se necesita muy poca perspicacia para descubrírselos. Ahora bien. Si esto pasa tratándose de los senti-

mientos más comunes de la vida, ¿no pasará asimismo tratándose del sentimiento religioso, que es el más profundo de todos, el mas eficaz, el de índole mas expansiva? El hombre que de veras sirva á Dios con el corazón, ¿podrá en modo alguno disimularlo en toda la serie de su vida? La llama que allá en el fondo dice él tener viva y ardiente, ¿podrá no comunicar cierto ardor á todas sus palabras, gestos y acciones? Ser de veras fervoroso en el fondo del alma, y presentar constantemente en el exterior todas las trazas y rasgos de la impiedad y de la indiferencia ¿es posible? ¿No sería esta una hipocresía de maldad, mucho más difícil de sostener y llevar á cabo que la mas refinada hipocresía de virtud?

Fija ahora los ojos en esos hombres que blasonan á todas horas de servir á Dios *con el corazón,* y se rien de las

prácticas exteriores del Catolicismo, que tienen ellos por bobadas y niñerías: por poco observador que seas, verás muy luego que nada más olvidado y apartado y enemigo de Dios que ese corazón en el cual pretenden tenerle erigido tan extraño y curioso altar. *Dios quiere el corazón*, dicen; *á Dios le basta el corazón*, repiten; y blasfeman de Dios sus labios, se burlan de Dios en sus conversaciones, no temen á Dios en sus negocios, se les da un pito de la ley de Dios en sus placeres, no se acuerdan de que haya Dios en ninguno de los actos de su vida. Precisamente el pensamiento de Dios, cuando de veras domina en el corazón, da gravedad á las palabras, elevación y grandeza á las ideas, cierta compostura y modestia al trato: un hombre lleno de Dios, ó que tenga de su amor una leve chispa siquiera, no

puede ser frívolo, deshonesto, duro con el pobre, codicioso, egoísta, amigo sólo de su interés. El pensamiento de Dios en el fondo del alma es como un rayo de vivísima luz que ilumina con sus resplandores á todo el compuesto humano, aunque se la quiera tener escondida en lo más secreto de él. Y esos hombres que dicen tener entregado su corazón á Dios, viven en el mundo en su vida privada, en su trato social, en sus negocios y placeres, como ateos prácticos del mayor calibre. ¡Habrá singularidad! ¡Rareza como esta!

Tú podrás creer en ella si gustas, amigo lector; yo soy menos inocentón, y no quiero me la peguen tan fervorosos caballeros. A semejanza de muchas otras frases que se han inventado y generalizado adrede para dar á entender con ellas cosa enteramente con-

traria de lo que significan, pertenece la que forma el título de este librejo al vocabulario usual de los enemigos de Dios ó de los que le son poco amigos, no al de los firmes y decididos creyentes y religiosos de corazón. Quien de veras ama y sirve á Dios, no esconde este su amor y veneración tras muros y pantallas, sino que se goza en traerlo patente á la luz del sol, para ejemplo de sus hermanos y gloria del mismo soberano Ser á quien sirve y adora. La frase *Dios quiere el corazón* es, pues, mascara y nada más.

Sirve á Dios, amigo lector, con el corazón siempre, eso sí, pero luego y juntamente con todo lo demás que te ha dado El para su servicio. Sírvele con todos los miembros, que es indudable le puedes dar gloria con todos. Y aun el mismo corazón, para encenderse y avivarse, necesita del auxilio

de los medios exteriores, para que le ayuden á sentir y amar. El culto externo y las prácticas más minuciosas han sido todas dispuestas para este objeto. Al corazón se le mueve y se le excita con lo que se reza, con lo que se canta, con lo que se presenta pintado ó esculpido ante los ojos, con la armonía del órgano y de la orquesta, con el alegre ó lúgubre son de las campanas, con la majestad de los suntuosos templos, con el brillo y riqueza de los ornamentos. Todo esto son medios para mover el corazon, y sin ellos muchas veces estaria éste tibio, indiferente, aletargado. Somos así, amigo mío, somos asi, y no hay que exigirle á la humana naturaleza que sea como Dios no quiso que fuese. Tú mismo en los dias de fiesta civica ó de alborozo patriótico has de acudir á tales medios exteriores para mostrar tu entusiasmo

ó para excitar el de los demás, sin que por esto desconozcamos que el tal sentimiento es cosa principalmente del corazon. ¿Cómo te atreverias, pues, á condenar en la Iglesia el proceder lógico y natural que sigues tú en los más usuales acontecimientos de la vida?

Dios quiere el corazón, es verdad; pero quiere que frecuentes los Santos Sacramentos para limpiar y mantener puro tu corazon; quiere que leas libros buenos y oigas la palabra divina para tener advertido é instruido en su ley santa tu corazón; quiere que le reces á menudo, y oigas la Santa Misa, y asistas á las funciones del culto, para que no viva distraido únicamente en los afanes del negocio ó del placer tu corazón; quiere que le reces á menudo, y oigas la Santa Misa, y asistas á las funciones del culto, para que no

viva distraído únicamente en los afanes del negocio ó del placer tu corazon; quiere que des limosna á los pobres y á la Iglesia para que acredites con estos sacrificios la generosidad de tu corazon; quiere que te impongas mortificaciones y privaciones para precaver ciertos extravíos y refrenar ciertas libertades á que te lleva tu corazon. Sí, señor; y todo esto lo quiere Dios porque quiere tu corazon.

También lo quieren el mundo, demonio y carne, y mira para logrártelo ¡cuántos lazos tienden! ¡cuánta pompa despliegan! ¡cuán dulcemente te arrullan los oidos! ¡cuánta ilusión hacen pasar por delante de tus ojos! Y ¡con cuántos desvelos, sudores y fatigas trabajas tú para contentar á esos malditos enemigos que no desean sino pescar tu corazon! ¡Ah! ¡Si bien comprendieses lo que en otro sentido sig-

nifica ese *Dios quiere el corazón* que tú empleas sólo como paliativo de tus descuidos y negligencias! Le darías entonces de veras á Dios tu corazon, y dándoselo de veras, dariasle á la par palabras, pasos, acciones, toda tu vida, todo tu ser, todos tus intereses, todo lo que puedes, vales y significas, todo por su gloria y servicio, todo por El, con El y según El, que eso es amar como quiere El ser amado, eso es servir como pide El ser servido, esto debiera significar cristiana y filosóficamente, no mundana é impiamente, la frase tantas veces repetida: *Dios quiere el corazón.*

A. M. D. G.

político-religiosos, publicados en distintas épocas y periódicos, y precedidos de un discurso preliminar sobre el Periodismo y la Propaganda; el VI, el Liberalismo es pecado, el Apostolado seglar, Masonismo y Catolicismo, y varias Conferencias, el VII, Nuevos opúsculos; el VIII, Varios artículos de permanente interés para la controversia de nuestros dias.

Forma cada uno de estos ocho tomos un volumen en 4.°, con tipos elzevirianos, iniciales y viñetas de adorno, y hermosa encuadernación con plancha hecha á propósito. Cada tomo, 4 ptas. en rústica, y 6 lujosamente encuadernado en tela con plancha dorada. La colección de los ocho tomos publicados, 32 ptas. en rústica, y 48 en tela. Tomando diez ejemplares se dan dos gratis en rústica, ó uno si son encuadernados. En preparación el tomo IX. Puede remitirse el importe en letra de fácil cobro, libranza ó sellos de franqueo, certificando en este caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Libreria y Tipografía Católica,* calle del Pino, 5, Barcelona.